

RESCATAR A PETER EL MEDIOCRE



TATIANA OSTAFI

RESCATAR A PETER
EL MEDIOCRE

TATIANA OSTAFI

Había estado lloviendo toda la mañana y el cielo estaba tan oscuro, triste y nublado que a cualquiera se le quitarían los ánimos al encontrarse rodeado por su aura. Pero no era así para los niños y niñas de quinto curso de primaria, que inundaban el aula con su alegría y energía. No podía ser de otra manera, por supuesto, porque el día de enseña y cuenta en el colegio era el más esperado de todos, como una gran fiesta.

Ese día era una perfecta oportunidad para que pudieran lucirse, enseñar el mejor objeto o conocimiento que uno poseía o podía ofrecer. Algunos niños llevaban a sus padres, para hablar de lo maravillosos que eran o sus fascinantes trabajos. Otros a sus mascotas, las más adorables, las más cariñosas y juguetonas. Había quienes traían sus juguetes, heredados en la familia con un pasado increíble e inspirador, o por lo contrario otros nuevos y exclusivos. Los habilidosos hacían trucos de magia, juegos de manos con cartas o cuerdas. Quien se atreviera incluso podría presentar ante toda la clase los dibujos más innovadores en los que habían trabajado, pequeñas piezas de arte de lo más curiosas. Todo era válido en un día tan especial como aquel.

Alicia, a pesar de que se había estado esforzado todo el mes para no repetir la misma historia aburrida

que todos los años, solo había logrado llevar una muestra de su fracaso generacional. Aún así, no podía estar más contenta, porque estaba segura de que había mejorado lo suficiente como para impresionar y sorprender a todos. Se trataba de Peter, el peluche que ella misma había tejido con lana durante tantos días y con tanto esfuerzo. Tuvo sus dudas sobre el resultado y realmente ni siquiera había conseguido terminarlo como era debido, pero aquella mañana se sentía motivada y optimista para su presentación. A penas había conseguido dormir por la noche debido a su inquietud, de los nervios olvidó el paraguas en casa de camino al colegio, tuvo que regresar al darse cuenta de que le llovía encima y por eso llegó tarde a clase. Durante la mañana estuvo varias horas comprobando el interior de su mochila, asegurándose de que no había olvidado su peluche ni los materiales.

Cuando la maestra la llamó por su nombre, dándole el turno para presentar, Alicia toqueteó nerviosa una vez más el contenido de su mochila, donde Peter descansaba en la oscuridad aplastado por los libros y cuadernos. Salió al frente y esperó a que todos sus compañeros guardasen silencio antes de empezar a hablar.

A pesar de que había ensayado al dedillo un discurso que, estaba segura, les dejaría a todos boquiabiertos, de repente no sabía por dónde empezar. Tenía las piernas



temblorosas y el corazón en un puño, pero respiró hondo y mostrando su mejor sonrisa, sacó al peluche de la mochila. Se detuvo a alisar sus arrugas brevemente y lo alzó con sus manos al frente para que todos pudiesen verlo.

—Lo he llamado Peter —dijo Alicia con confianza— lo he hecho yo, con sobras de lana y el relleno de una almohada. Tal vez no sea gran cosa, pero...

Algunos niños rieron, por lo peculiar de su construcción o por su forma tan amorfa, quizás porque ya esperaban que Alicia no pudiera aportar gran cosa a ese día tan importante o quizás lo hicieron sin malicia, sin pararse a pensar en que la estaban interrumpiendo.

La maestra calmó a la clase haciendo que todos volvieran al silencio, pero ya era tarde para la confianza de Alicia, que se había desplomado hacia el abismo en pocos segundos. Aunque la niña intentó disimular sus sentimientos con una ingenua sonrisa, las palabras que tenía tan preparadas se le atragantaron. Bajó los brazos y abrazó a Peter tímidamente.

—Bien Alicia, ¿cómo decías? ¿Qué se supone que es Peter? —preguntó la maestra, examinándolo el peluche, aunque sin detenerse mucho en los detalles.

Alicia se detuvo a mirarlo, como si fuera la primera vez que lo estuviese viendo. Como si no llevase trabajando días enteros en ese animalito que tuvo que hacer y

rehacer hasta obtener el resultado. De repente lo veía con ojos nuevos y no pudo evitar hacer una mueca. Peter era un peluche bastante deforme, de color lila y dos cruces de hilo negro por ojos, sus patas ni siquiera están bien cosidas al cuerpo por lo que solo podía estar sentado, además, se le salían las fibras por todas partes.

—Es un alienígena, supongo —fue a la conclusión a la que había llegado, a pesar de que no era lo que había esperado de él—. No hace gran cosa ni es muy bonito, pero... Supongo que como es parte de mi familia pues...

La niña no logró encontrar la forma de justificarse. Lo único que podía pensar era que había sido demasiado ingenua con su ambicioso proyecto, alguien como ella no lograría hacer nunca nada bien. Jamás lograría romper la maldición.

—Está bien Alicia. Puedes volver a sentarte —dijo la maestra, ante su silencio, dando una suave palmada en su hombro.

La niña asintió y volvió al pupitre, ignorando los susurros y cuchicheos de los demás niños. Mantuvo la cabeza gacha durante su vergonzoso desfile de vuelta, preguntándose una vez más ¿quién se había creído que era? ¿cómo se había atrevido a hacerse ilusiones? Pero no lloró, no merecía la pena.

Un tímido y compasivo aplauso dio fin a su bre-

ve presentación, mientras la maestra marcaba algo en su cuaderno. Con suerte un aprobado, o un bien. Los profesores habían dejado de ponerle puede mejorar después de un tiempo viendo que, realmente, no había nada que mejorar.

Dejó a Peter sentado sobre el pupitre junto a su estuche, mirando hacia la pizarra, para que pudiera ver las presentaciones del resto de sus compañeros. Aunque desde luego no esperaba que el peluche fuera capaz de escuchar o prestar atención, ya no le apetecía guardarlo.



Ella era Alicia la mediocre. Provenía de una familia de mediocres y no había nada que supiera hacer bien, por mucho que se esforzara. Y había condenado a ese peluche a ser exactamente igual que ella. Tal vez Peter sí fuera un alienígena después de todo, porque algo tan feo solo podía venir de otro planeta.

Alicia pocas veces había ansiado tanto escuchar el timbre al finalizar el día, por eso cuando sonó y la maestra les permitió recoger sus cosas y marcharse, ella salió disparada por la puerta cargando a Peter en sus brazos. De hecho, salió tan deprisa que se olvidó por completo de su paraguas en el perchero, otra vez, pero no importaba porque finalmente había dejado de llover y tenía planes demasiado emocionantes como para pensar en un ordinario paraguas. Vería a su primo y esa tarde por fin podría ir a la feria del pueblo y montar en las atracciones, antes de que se marchara hasta el año siguiente.

Puede ser que para la gente ordinaria Peter no fuera gran cosa, pero alguien en las mismas condiciones que Alicia sería capaz de apreciarlo, lo entendería mejor. Solo otro mediocre podría ver a Peter con los mismos ojos que Alicia.

Junto al portón del colegio, con la cabeza en las nubes y la vista clavada en un libro, la esperaba su primo Lucas. El primo, igual que toda su familia, había heredado

la mediocridad, pero a pesar de eso, con mucho esfuerzo, había logrado entrar en la Universidad. Lucas era listo, el más listo de toda la familia, por eso también se negaba a creer que su destino estaba fijado en ser bueno para nada.

— ¡Mira, mira! ¡Lo terminé! —gritaba Alicia.

— ¡Lucas! ¡Luuucas! —Alicia se lanzó corriendo hacia a él, repitiendo su nombre para llamar la atención.

Hasta que Alicia no estuvo a su altura, agitando el peluche por debajo de sus narices y molestando en su lectura, Lucas no se percató de su presencia.



El primo se tomó su tiempo para cerrar el libro y guardarlo en la bolsa que colgaba de su hombro, todo mientras Alicia muy impaciente daba vueltas y saltos a su alrededor. Con mucha parsimonia, Lucas cogió el peluche con una mano para examinarlo bien de cerca mientras la otra se la daba a Alicia para empezar a caminar juntos.

— ¿Y bien? ¿Qué te parece? ¿Te gusta?

— ¡Por los cielos! ¿Pero qué tenemos aquí? —dijo Lucas repentinamente entusiasmado—. Pero si es nada más y nada menos que...

Lucas miró de reojo a Alicia, que se rio de su expresión desubicada.

— ¡Se llama Peter!

—Peter por supuesto. El gran y magnífico Peter —decía Lucas, imitando el tono de un comentarista de radio y moviendo el peluche por el aire—. Qué pieza tan curiosa y original, toda una obra maestra, desde luego. ¿Y qué hay de su creadora? Qué encanto y qué habilidades tan delicadas y refinadas. Solo una verdadera tejedora profesional podría haber creado este maravilloso...

—Alienígena —dijo Alicia completando su frase.

— ¿Alienígena? Sí, es un magnífico alienígena. Este Peter...

—Peter el mediocre.

Lucas pausó su discurso y recompuso un tono de

voz normal para volver a ver a Peter de cerca.

—Así que mediocre ¿eh? Es cierto que se le salen un par de hilos pero no está mal para ser una principiante. ¿Qué dijo la profe?

Alicia se encogió de hombros y suspiró dramáticamente antes de responder.

—No mucho, ya sabes, creo que la aburrí. Seguro si me hubiera dejado explicarle todo me hubiera puesto buenísima nota.

—Ya veo, así va. Pero lo importante es ¿has aprendido algo? —dijo Lucas entregándole el peluche a Alicia.

—Supongo que he aprendido un poco.

—Ese es el espíritu, que una tonta maldición de hace cien años no te detenga.

—¿Pero a ti no te detiene? ¿Qué tal tus clases?

—Oh, me da problemas, ya sabes, la gente te juzga de otra forma si tienes una maldición. Pero no importa, solo necesito un poco de inspiración para seguir adelante. Ahora daremos una vuelta en la noria para que se nos pasen las penas. Aunque... no se si dejarán a Peter subir, no creo que cumpla con la altura mínima de las atracciones.

—Lo esconderé en mi mochila y así nos ahorraremos su pase. De todas formas ya he hecho bastante el ridículo enseñándolo en clase, no quiero que todo el pueblo se ría de mí.

— ¿Cómo? ¿Esconderlo? —dijo Lucas deteniéndola—. Si te avergüenzas de él puede que hieras sus sentimientos. ¿Qué crees que diría Peter si pudiese hablar? Seguro que él está muy feliz por existir, tal y como es.

Alicia se encogió de hombros de nuevo. Estrechó fuertemente a Peter con su brazo izquierdo.

— ¿En una familia como la nuestra? —Se quejó ella—. No creo, seguro que piensa que si lo hubiera hecho más bonito nadie se burlaría.

—Podrías preguntarle, hoy hay una llena ¿lo sabías? dicen por ahí que las cosas mágicas ocurren en noches como esta...

—Si yo en el fondo le aprecio, pero si es feo hay que decirlo.

—Pues eso, somos como somos. Mediocres o alienígenas, pero con orgullo.

Llegaron a la feria en el momento justo, cuando los puestos de comida empezaban sus primeras tandas de aperitivos, que llenaban el aire de olores dulces y sabrosos, mezclados con la fragancia de la anterior lluvia sobre la tierra y la salada brisa del mar a poca distancia. Las carpas misteriosas y casetas de juegos empezaban a abrir y montar sus exposiciones, habían encendido las luces y los colores iluminaban los caminos conforme caía el sol. Los músicos iniciaban su ruta callejeando entre los distintos



puestos y *stands*, solo siendo ahogados por los gritos emocionados de los niños que recién llegaban.

—Voy a por unas manzanas de caramelo ¿me esperas aquí? —dijo el primo Lucas deteniéndose al pie del puerto cerca del puesto de comida.

Alicia asintió y soltó, mientras se fascinaba con las vistas a su alrededor.

—No te alejes, o la tía no me perdonará.

—No te preocupes, Peter me protegerá.

Obviamente, Alicia siendo la niña curiosa que era, no le hizo caso a su primo. En cuando Lucas se dio la vuelta, ella empezó a deambular acercándose a los distintos puestos de feria, examinando los objetos extraños que vendían. Cristales mágicos y amuletos contra maleficios. Alicia pensó que un amuleto así le hubiera venido bien a cierto antepasado en su día...

— ¡Señoras y señores! ¡Niños y niñas! ¡Acérquense a ver en acción al gran mago Chester, no se arrepentirán!

Alicia se sintió atraída por aquella voz con promesas mágicas, pero se arrepintió nada más ver de dónde provenía. El autoproclamado mago estaba de pie sobre un pedestal de madera, agitando su capa y haciendo florituras con su chistera y bastón, el viento agitaba su pelo pajo y hacía ondear su capa. Nadie más le prestaba atención y Alicia decidió no acercarse demasiado por si acaso, pero

se quedó mirando desde un rincón.

Después de todo parecía que su familia no era la única mala en todo lo que hacía, aquel mago era un fenómeno. Una paloma salió volando de su sombrero, fue por accidente a juzgar por la expresión decepcionada del aparente mago. Alicia no pudo evitar reírse y aunque trató de hacerlo con disimulo, el mago la observó y cruzó su mirada con ella.

—Eh tú —dijo señalándola con su dedo enguantado— ¿quieres ver un truco de magia?

Alicia ladeó la cabeza, negando enérgicamente.

—Venga vamos, el primero es gratis —dijo bajando del podio, haciendo media reverencia y extendiendo la palma de su mano para invitarla a acercarse.

Alicia se acercó, recelosa, pero cuanto más lo miraba más pensaba que no merecía la pena. El mago sacó de su capa una baraja de cartas y patoso de él, se le cayeron un par al suelo, no se molestó en recogerlas y teniendo en cuenta que tenía otro par decorando su sombrero, esa baraja no podía estar más incompleta. Detrás de su podio tenía un maletín abierto con un kit de magia. Alicia no pudo evitar reírse.

— ¿Por qué ríes tanto? ¿A caso tú nunca has tenido un mal día? —dijo el mago indignado.

—No pareces muy bueno con la magia.



— ¡Pues claro que lo soy! —dijo ofendido—. Soy el gran mago Chester.

Alicia señaló su maletín.

—Un niño en mi clase utiliza los mismos trucos que tú y solo tiene nueve años.

— ¡Técnicismos! El material es lo de menos, vamos coge una carta.

El mago hincó una rodilla en el suelo para colocarse a la altura de Alicia y extendió sus brazos para que pudiera alcanzar el abanico de cartas que le mostraba. Alicia suspiró y cogió una carta sin pensarlo demasiado, después de todo ese tal Chester las tenía de cara a él.

—Memorízala —dijo Chester barajando metódicamente—. Ahora métela en la baraja.

Alicia procedió tal como le mandaron sin muchas expectativas.

—Y ahora... pide un deseo.

— ¿Qué? —dijo Alicia extrañada—. Lo haces mal. ¿A qué viene lo del deseo? Además, has visto mi carta, eso es trampa.

— ¡Pues claro que la he visto! ¿Si no la viera como iba a hacerte la premonición si no?

Alicia hizo una mueca y se cruzó de brazos.

—Truco de magia, premonición o deseos, aclárate de una vez. Se nota de lejos que eres un fraude.

— ¿Tú qué sabes? Solo eres una niña —refunfuñó Chester ofendido.

—Todo el mundo sabe que los magos no son así... Y desde luego no se dejarían ver en una feria.

— ¿Ah? ¿Has visto tú otro mago alguna vez?

—No. Pero mis padres me lo han contado. Los magos viven en fortalezas oscuras, probablemente en el cielo. ¡Y son aterradores! Hacen magia de verdad, con rayos y estruendos. Un mago de verdad no necesita accesorios de juguete para hacer magia. ¡Y son peligrosos! Tú ni si quiera das miedo. Dicen que el mago que puso la maldición a nuestra familia tenía ojos de serpiente, alas de murciélago y patas de cabra. Aterrorizó la ciudad hace más de cincuenta años, era famoso. ¿Te suena?

Chester el mago se quitó el sombrero y sacó un bloc de notas. Se sentó en medio de la calle, obligando a los viandantes a esquivarlos, cruzó las piernas de la manera más extraña e incómoda y empezó a anotar.

—Así que rayos, truenos, oscuridad, maleficios... Y claro que lo conozco, tengo cuatrocientos años, conozco a todos los magos y magas de este país. Después de todo soy el gran Chester. Tú deberías conocerme a mí, soy famoso.

—Pues no tan famoso como crees —murmuró Alicia acercando a Peter hacia a ella.

— ¿Dices que tienes una maldición? Ah sí, por supuesto yo lo he notado. ¿De qué se trata?

—Mi mamá me contó que el mago maldijo a toda la familia con la mediocridad. Y desde entonces nadie es capaz de lograr nada. No saben porque fue, pero aprendimos a vivir con ello. Mi papá trabaja en la fábrica, así que no le afecta mucho. Aunque a mi primo le está costando un poco graduarse.

— ¡Qué interesante! —Chester volvió a sacar la baraja de cartas y mostró una carta a Alicia-. Pues esta es tu oportunidad. Pide un deseo.

— ¿Seguro no eres un fraude? Si fuera tan fácil como pedir un deseo a cualquier mago ambulante que pasa por la feria... hace mucho tiempo que estaríamos libres de la maldición.

—¡Me ofendes! Puedo romper cualquier maldición, ya lo veras. ¿Por qué no lo pruebas? De todas formas no tienes nada que perder.

—La verdad es que me gustaría no ser mediocre para poder hacer mejor a Peter...

El mago volvió a ponerse en pie, guardó todo bajo su chistera y se la colocó en la cabeza logrando de una forma misteriosa que nada cayera al suelo. Se agachó y miró fijamente a Peter.

— ¿Peter es ese peluche tan bonito que tienes? Por

supuesto, el famoso Peter, estaba deseando que me lo presentaras.

—Si crees que es bonito, además de un timador estás un poco ciego —dijo Alicia—. Por desgracia para el pobre de Peter, él es tan mediocre como yo.

El mago hizo una mueca de desagrado ante su comentario.

—Así que también es mediocre... Hoy es luna llena, Alicia ¿sabías que pueden ocurrir cosas extraordinarias en noches como esta?

— ¿Cómo sabes mi nombre?

— ¡Ja! Ya te dije que soy un mago. Yo lo sé todo, por supuesto.

Chester estiró el brazo y arrancó el peluche de los brazos de la niña, sin que ella pudiera hacer nada ni tuviese tiempo de reprocharle al darse cuenta. El mago era muy veloz y se alejó lo suficiente de ella para que no pudiera arrebatarlo.

— ¿Qué haces? ¡Devuélvelo!

— ¿Crees que mediocre es una palabra mala, Alicia? Yo no creo que Peter sea feo, no que va, él es especial. Seguro si pudiera hablar, estaría muy triste por cómo lo desprecias. Pero no te daré la oportunidad de que lo averigües.

—¿De qué estás hablando? —dijo la niña confun-

dida, deteniendo sus inútiles esfuerzos por recuperar al peluche.

—Cumpliré eso que tanto deseas, desharé tu maldición. Pero todo deseo tiene un precio y en este caso el precio será Peter. ¿Hay trato?

— ¡No lo hay, Peter es mío!

Las luces de la feria titilaron y la música pareció detenerse durante unos instantes, al igual que todo el murmullo de la gente y el movimiento del lugar. Chester se detuvo frente a ella con una sonrisa maléfica.

—Eso ya lo veremos, como ya dije, esta luna es especial. A partir de la medianoche serás consciente de ello. Su voz hizo eco alrededor de Alicia, como si el mago se estuviera alejando, una nube de humo los rodeó a ambos hasta que la niña ya no pudo ver nada. Cuando se disipó, Peter volvía a estar en sus brazos y escuchaba a su primo llamarla desde el puesto de manzanas.

Ya no había rastro del mago Chester. Quizás todo había sido imaginación suya o quizás...

—Lo que yo decía —Alicia agarró con fuerza a Peter—. Un fraude.



Alicia y Lucas disfrutaron sin más contratiempos de una divertida tarde de viernes en la feria, justo antes de que la lluvia les obligara a marcharse a casa. La noche cayó con la tranquilidad de siempre, para entonces Alicia ya se había olvidado completamente del mago, su penoso truco de magia y la supuesta amenaza que no había logrado comprender del todo. De todas formas, aunque hubiese intentado quedarse despierta hasta la medianoche para intentar averiguar si algo ocurría, no lo habría logrado.

Una vez en casa, Alicia colocó a Peter en su estantería, junto a todos los libros que había leído o había dejado por leer, su otro peluche favorito y otros proyectos fracasados y abandonados debido a su maldición. Por ejemplo, aquel portalápices de arcilla torcido y agrietado, cuadernos de dibujo apenas empezados, una harmónica que no sabía tocar o un puzle que nunca había logrado terminar.

Con un viernes así de ajetreado y emocionante, Alicia no tardó en dormirse, pero ni siquiera tuvo tiempo de adentrarse en un fantasioso sueño cuando los estridentes ladridos de un perro la despertaron. La niña se removió en su cama y trató de taparse los oídos para ignorarlo, pero ni escondiéndose bajo las sábanas y almohadas lograba volver a conciliar el sueño. Se desveló, malhumorada y gritó en la oscuridad.

— ¡Cállate Manchitas, vas a despertar a todo el mundo!

El ladrido se detuvo durante unos segundos, sustituido por el leve jadeo del perro intranquilo y el movimiento de sus patas andando por la habitación. Fue en ese breve instante de lucidez cuando Alicia recordó que Manchitas no era un perro de verdad.

Encendió la luz de golpe y gritó sorprendida al ver a su perrito de peluche corretear inquieto alrededor de su habitación. ¿Cómo había bajado del estante? Y más importante ¿por qué se estaba moviendo y ladrando?

El perro, ya con impaciencia, agarró con su boca la mochila de Alicia que estaba tirada de mala manera en el suelo, con su contenido medio esparcido y la cremallera abierta. Empezó a tirar de ella, con una fuerza sobrenatural para un peluche de algodón tan viejo.

— ¡Espera! ¡No te la lleves! Si te comes mis deberes nadie me va a creer jamás.

Pero Manchitas no se detuvo, logrando su ansiado objetivo de poner en movimiento a Alicia, que se levantó y fue corriendo tras él. Pero era muy tarde, porque Manchitas ya había escapado por la puerta de la entrada, convenientemente abierta.

Sin saber que hacer, Alicia corrió a la habitación de sus padres en busca de ayuda o un testigo para que con-



firmara lo que estaba presenciando. Encendió las luces, los llamó y sacudió tanto como pudo, pero sus padres estaban profundamente dormidos y no daban ningún signo de querer despertar. ¿Y qué iba a hacer Alicia si nadie podía ayudarla?

Todavía se escuchaba a Manchitas ladrar desde la calle. Tenía que recuperarlo, así que Alicia se calzó las botas y se puso su abrigo por encima del pijama. Solo cuando se detuvo a coger sus horquillas para el pelo del estante observó que Manchitas no era su único problema.

Peter había desaparecido.

Aquello solo podía ser obra del mago Chester. Alicia salió decidida a la calle en busca de Manchitas, que la estaba esperando junto a la acera, mojado e irónicamente manchado por culpa de los charcos de barro. Lo levantó del suelo junto a su mochila antes de que pudiera escaparse otra vez.

Alicia miró a su alrededor perpleja. No había ni una sola luz en las ventanas de las casas. Ni sombras o ruidos de pisadas. Ni animales nocturnos, ni un solo vehículo en la carretera o viandantes en las aceras. Parecía ser que toda la ciudad, al igual que sus padres, se había quedado completamente dormida. Tal y como había hecho alguien de su familia hacía muchos años, ella había vuelto a desafiar la paciencia de cierto mago y se había metido en un

buen lío.

No sabía cómo iba a poder encontrar a Peter. Qué iba a hacer si las demás personas no despertaban nunca. Ni cómo entrar en casa de nuevo, porque con las emociones y las prisas había olvidado por completo sus llaves, cerrando la puerta detrás de ella. Al menos ya no llovía... pero estaba sola, tenía miedo y su único consuelo era que el perrito de peluche que la había acompañado durante toda su vida, estaba con ella y de alguna manera, vivo.

Empezó a caminar por las calles desiertas con una única idea en mente. Confiaba en que todavía podía encontrar a alguien despierto, porque si a su primo Lucas se le daba particularmente mal una cosa, eso era dormirse temprano. Lucas siempre se había considerado a si mismo un noctámbulo, como los búhos o los murciélagos. Estudiaba de noche y dormía de día, por lo que Alicia quería pensar que todavía le encontraría consciente.

Después del paseo más largo y siniestro de su vida, por una ciudad que le resultaba desconocida, tenebrosa y parecía abandonada, llegó a la dirección de su primo. Se detuvo en medio de la calle y miró esperanzada a la única luz encendida de todas las ventanas. Lucas estaba despierto.

— ¡Lucas! ¡Lucaas! —gritó Alicia.

Jamás se le hubiera ocurrido gritar en medio de la calle

a tales horas de la noche, pero en esas circunstancias si lograba molestar a alguien haciendo que despertase sería más un alivio que un problema. Repitió su llamada varias veces, hasta que logró captar la atención de su primo, que logró escucharla incluso con las ventanas cerradas.

Lucas abrió la ventana, asomándose muy confundido y a la vez sorprendido por la inesperada visita.



—¿Alicia? ¿Qué haces despierta? —dijo disimulando un bostezo y apoyándose sobre el alféizar de la ventana—. Es más... ¿Qué haces aquí?

—Lucas ¡Tienes que ayudarme! Peter ha desaparecido y... ¡Manchitas está, está...!

—¿Eh? ¿Peter tu peluche? Pero Alicia no está bien andar sola por la calle a estas horas solo por eso.

— ¡Eso no es lo importante! Bueno... sí. Lo que pasa es que no hay nadie despierto. Creo que ha sido cosa de un mago y...

— ¿Un mago dices? Ah sí... un mago —dijo poco convencido.

Lucas se inclinaba sobre el alféizar cada vez más conforme hablaban, relajando sus brazos hasta usarlos de apoyo para su cabeza y repitiendo los bostezos.

—¡No te duermas! Tienes que ayudarme. No sé a dónde ir. Eres el único despierto y...

Un abismal trueno resonando desde el cielo interrumpió su explicación. Tal y como Alicia siempre imaginó, con rayos y estruendos, una voz que sonaba muy lejana y aterradora, se hizo presente al mismo tiempo que el rostro del mago de dibujaba en las estrambóticas luces del cielo. Ya era imposible distinguir si se trataba del mismo cielo nocturno de antes, los fulgores resplandecientes del cielo y las nubes arremolinándose sobre ella parecían provenir de un mundo de fantasía.

—Parece que ya es medianoche y la magia ha empezado, aunque por poco uno se me ha escapado... —dijo la aterradora voz de Chester.

Lucas dirigió la mirada al cielo, igual que Alicia,



pero se dejó caer por completo encima del alféizar, apoyando la cabeza sobre los brazos, cerrando los ojos. Era demasiado tarde, Alicia casi podía ver la invisible magia hacerle efecto y los brazos de un tal Morfeo asomándose por la cortina para llevárselo a un profundo sueño.

—Tal como te dije, a Peter te he arrebatado y si quieres cumplir tu deseo deberás primero comprender la importancia de lo que has perdido. La ciudad está dormida, pero para tu suerte en esta noche tan especial los muñecos han despertado. Empieza buscando a tus aliados allá donde las líneas viajan en paralelo. Pero date prisa, cuando salga el sol todo habrá terminado.

Su extraña aparición se desvaneció en un arremolinamiento de nubes tan rápido como había surgido. Las luces del cielo se apagaron y cuando todo desapareció, volvía a ser una oscura noche de Luna llena de cielo ligeramente nublado.

—Ya decía yo que ocurría algo extraño... -murmuró Lucas, con los ojos cerrados y sin apenas moverse, medio tumbado sobre el alféizar de la ventana—. Ya lo decía yo... ¿Verdad Spiri?

—¿Spiri? —dijo Alicia confundida.

No hubo respuesta. Lucas bostezó en un intento de luchar contra el sueño.

—¿Qué dijo ese mago, Alicia?

—Que busque aliados, pero no lo entiendo.

—Debe saber que las adivinanzas no son lo tuyo.

Está claro que habla de las vías del tren.

— ¡Nada de esto tiene sentido!

—Es magia Alicia, no la cuestiones. ¿Verdad que tú antes no tenías un perro?

Alicia bajó la mirada viendo a Manchitas, al que había dejado antes en el suelo y se estaba entreteniendo correteando a su alrededor. Cuando volvió a mirar la ventana, Lucas estaba completamente dormido. Una de sus manos colgaba hacia abajo, dejó caer el lápiz que estaba sujetando que rodó por el suelo. Alicia empezaba a darlo todo por perdido, entonces Manchitas empezó a ladrar enérgicamente, como queriendo llamar su atención. El perrito de peluche dio vueltas sobre si mismo debajo de la ventana, sin dejar de ladrar.

Alicia miró arriba una vez más, había aparecido una pequeña silueta sobre la espalda de Lucas. ¿Un muñeco? Pues claro, todo tenía sentido.

—Por fin se ha dormido —dijo el muñeco gruñón—. Este chico trasnocha demasiado ¡qué difícil es escabullirse!

—Spiri...

—Ja. Pues claro. ¿A quién esperas si no?

El pequeño muñeco de tela bajó de la ventana saltando y



deslizándose con gracia por las tuberías de la pared, ondeando su abrigo y gorro rojo. Cayó con gracia sobre el asfalto recibido por el alegre Manchitas, que agitaba su cola y lo empujaba con el morro dándole la bienvenida.

—¡Controla a tu perro muchacha! No sería la primera vez que me arrancan una oreja...

Alicia se agachó para volver a coger en brazos a Manchitas, sin dejar de observar a Spiri. El muñeco de tela que llevaba en posesión de Lucas desde hacía más tiempo del que ella pudiese recordar.

—Vamos, no te quedes ahí mirándome. Ya oíste la amenaza del mago ¿no? Tienes hasta que amanezca, no hay tiempo que perder.

—Pero ¿dónde vamos?

Spiri se tomó la libertad de trepar por su pierna agarrándose a los pliegues de su pantalón de pijama y los botones de su abrigo hasta situarse en los tirantes de su mochila, donde se sujetó como un valiente aventurero y señaló hacia el frente.

— ¿No estabas prestando atención? ¡A la estación de trenes, por supuesto! Es la primera vez en años que todos los humanos se han dormido al mismo tiempo y en una noche de luna llena. No podía ser mejor momento para reunirse con los demás.

—¿Quieres decir que no sois los únicos que...?

—¡Pues claro que no! ¿De verdad no sabías que solo en noches como esta ocurren los mejores hechizos? Vamos, vamos, tienes unas piernas largas para recorrer buenas distancias y no te veo usarlas. Hay que rescatar a Peter sea como sea.

Alicia no podía evitar preguntarse mientras caminaba por las calles vacías, dónde debían haberse escondido todos los peluches de la ciudad si es que realmente todos estaban vivos. Pero su pregunta no tardó en resolverse en cuanto llegaron a la estación.

Los trenes dejaban de circular a partir de la medianoche y las tiendas de alrededor echaban el cierre mucho antes. Pero la estación no cerraba nunca, aunque no solía haber más que algún que otro viajero puntual dormido, esperando al primer tren al alba. Pero en aquella ocasión, cuando Alicia ya se estaba acostumbrando a los lugares desiertos y silenciosos, encontró justo lo contrario.

Tras los muros del apeadero parecía tener lugar una bulliciosa reunión. Alicia solo se atrevió a asomarse y observar de lejos: muñecas de todo tipo, viejas y nuevas, de trapo y cerámica; peluches de tela o lana con distintas formas; muñecos de madera o como Spiri de peluche, pequeños grupos se encontraban paseando por las paralelas vías del tren. Algunos estaban sentados en el borde del andén o en los bancos. Los animalillos corrían en círcu-

los y se perseguían unos a otros. Había pequeños grupos reunidos en círculo, hablando animadamente.

Spiri animó a Alicia a dar un paso adelante, en el momento en el que salió de su escondite y los muñecos se percataron de su presencia el silencio fue inminente. Manchitas volvió a escapar de sus brazos para acercarse a otro perro de peluche y saludar animado. Todos se detuvieron en lo que sea que estuvieran haciendo, muchos empezaron a acercarse para mirarla aunque otros hicieron amago de esconderse. Empezaron los murmullos y Alicia se sintió exactamente igual que aquella mañana en clase: expuesta frente a todos, pero irrelevante.

Spiri bajó deslizándose desde su hombro bajó de un salto de su hombro y blandió su brazo hacia la multitud.

— ¡Atención todos, el mago Chester se ha llevado a Peter el mediocre! —dijo haciéndose oír.

Hubo una instantánea respuesta por parte de todos. Algún gritó de asombro, expresiones de tristeza, rabia y desolación, por otro lado Alicia también escuchó vítores y aplausos. Una reacción que Alicia no esperaba para nada. Cuando todos se calmaron un poco, una muñeca africana con el pelo de hilo y vestimenta dorada se acercó a la niña, estirando su brazo y cogiéndola de la mano.

Alicia se dejó guiar por la muñeca, aunque tuvo que inclinarse para alcanzarla y no perder su agarre. To-

dos le abrieron paso y Spiri se adelantó a ellas caminando triunfante y saludando a quienes conocía. La muñeca la invitó a sentarse en el suelo junto a la pared, en una de las pocas zonas secas de la estación. Algunos de los muñecos se arremolinaron en círculo junto a ellas.

— ¿Qué ha pasado? ¿Por qué se ha llevado el mago a Peter? —dijo la misteriosa muñeca.

—Y justo en una noche como esta... ¡Tenía tantas ganas de conocerlo!

—Sí, y yo. Yo también.

—Pobrecito, estará solo y asustado.

—No pasa nada. Peter el mediocre estará bien con el mago —aseguró un oso.

—Ojalá el Chester me hubiera elegido a mi... vivir en su castillo...—comentó otra muñeca de vestido verde y trenzas doradas.

—Sí. Que envidia me da Peter.

—Pero un momento —interrumpió Alicia impresionada—. ¿De qué conocéis vosotros a Peter?

— ¡Es famoso, claro que lo conocemos!

—No entiendo...

— ¿No lo sabes? Oh, no lo sabe...—decía la muñeca del vestido verde.

—Peter es único. Por supuesto.

— ¿Único? —preguntó ella.

—Claro. ¿Me ves a mi? En la tienda hay diez más como yo esperando a ser comprados —comentó tristemente un pequeño hámster que parecía ser un llavero.

—Y mírame a mí, en su día fui de colección pero hace tiempo que me perdieron y fui olvidado.

—Todos fuimos creados en serie.

—¿Alguien conoce algún juguete original?

—Yo soy original —siseó la serpiente alada.

—Pero tú eres el más viejo. Ya no gustas —añadió un gato.

—Los juguetes nuevos tienen suerte, aún los aprecian.

—Los juguetes viejos tienen suerte si todavía tienen dueño.

—Incluso yo, Spiri, no soy más que un juguete promocional de un refresco, es difícil estar a la altura de una marca toda la vida. Pero Peter es único, es único porque lo creaste tú. ¡Deberías saberlo!

—El mago supo verlo.

—¿Cómo pudiste perderlo? Es inconcebible, por culpa de gente como tú algunos de nosotros estamos condenados a vivir en un vertedero... O en el campo. O en la nada, olvidados para siempre.

—Los juguetes nuevos son reemplazados fácilmente.

—Yo en su día también fui único...



—Pero ahora eres viejo —repitió el gato.

—Pero Peter también —dijo Alicia— Solo es un trozo de lana vieja. Ni siquiera tiene personalidad no es...

— ¡Ah! Blasfemia. ¿Cómo se atreve? —un caballo de tela rechinó como si Alicia no estuviese presente.

—Peter es nuevo. ¡Tan nuevo que ni siquiera nos conoce todavía!

—Aunque por supuesto que nosotros nos enteramos enseguida. Estas cosas ya no ocurren a menudo.

— ¿Cuándo fue la última vez que nació un juguete en esta ciudad?

—¿Hace cincuenta añossss?

—Quizás cuando murió el último artesano, aquel que hacía trenecitos de madera y cubos.

—Desde que no hay artesanos en la ciudad todos los juguetes vienen de la fábrica o de otros países, amontonados en camiones —dijo el oso tristemente.

—Amontonados en cajas.

—Amontonados en tiendas.

—Nos hacía taaaanta ilusión conocerlo en persona. Cuando supimos de él estábamos muy emocionados —dijo la muñeca del principio.

— ¡Y tú te atreves a hablar mal de él! —añadió el caballo.

—Pero si vosotros también lo habéis llamado Peter

el mediocre —se defendió Alicia—. No he dicho nada distinto. Solo que no es gran cosa, ni siquiera entiendo porqué ese mago ambulante se lo ha querido llevar.

—Porque Chester nos conoce y nos aprecia. Es nuestro amigo. Él supo ver su valor.

—Ojalá Chester me hubiera llevado a mi...

—Su valor ¡entonces por eso me ha hecho venir hasta aquí! —dijo Alicia.

—Para que comprendas su valor.

—Pero es que a Peter lo hice yo —dijo como si fuera algo malo—. Y ¿sabéis? Mi familia tiene una maldición desde hace mucho tiempo. Una maldición que no nos deja hacer nada bien... por eso Peter está condenado a ser mediocre, igual que yo.

—Bueno ¿y qué? Aunque tú creas que está mal, no significa que no merezca la pena.

—Si no mereciera la pena no estarías aquí ¿verdad?

—Estoy aquí porque necesito ayuda para salvar a Peter —dijo Alicia decidida—. Mediocre o no, es mío y no consiento que me lo roben. Pero no sé cómo encontrar al mago, la única pista que me dio fue venir aquí.

— ¿Buscar al mago? Si lo encuentras llévame contigo —suplicó la muñeca de las trenzas.

—No interrumpas Lily. ¿Y porqué crees que te hizo venir aquí? —dijo el oso.

—Para buscar aliados, eso dijo al menos...

—Entonces estás en el lugar adecuado. Te ayudaremos a encontrarlo.

— ¿De verdad se merece nuestra ayuda?

— ¡Bécquer! —exclamaron algunos.

— ¿Bécquer? —repitió Alicia confundida sin saber de dónde provenía la voz.

Un pingüino surgió desde la entrada a la estación. Era bajito y rechoncho, llevaba una bolsa de cartero colgada de lo que podrían ser sus hombros, la sujetaba con una aleta. Tenía una expresión muy enfadada, si es que eso era posible. Se acercó al círculo, de forma amenazadora.

—Para empezar, ella es la primera que no fue capaz de apreciar el potencial de Peter. Se merece que se lo quiten, el mago sabrá cuidarlo mejor.

—Ojalá Chester me lleve con él... Ojalá vivir en su palacio.

—Sí y seguro que así Peter vivirá para siempre siendo apreciado.

—Además... Si no fuera por su apuesta con el mago, la ciudad no se habría dormido. En una noche tan importante como esta —insistió el pingüino al que habían llamado como un poeta.

—Yo no hice ninguna apuesta. Me estaba haciendo



un truco de magia y de repente me dijo que me concedería un deseo ¿cómo iba a saber yo que iba a engañarme?

—dijo Alicia.

—Es su forma de hacer apuestassss.

—¿Y qué tiene de importante esta noche?

—Es la noche en la que los muñecos podemos reunirnos a la luz de la Luna. Normalmente lo hacemos a escondidas, pero hoy el mundo estaba especialmente tranquilo, porque ninguna persona está despierta —explicó finalmente Spiri.

—Yo pensaba que el hecho de que vosotros estuvierais vivos era por la magia del mago.

—La magia tiene mucho que ver, pero esto no formaba parte de tu apuesta. Y como no hay ninguna otra persona despierta...

— ¡Es la mejor noche porque no nos tenemos que esconder!

—La ciudad es nuestra porque no hay ninguna persona despierta.

—Exacto, ninguna persona. Incluido el cartero —recordó Bécquer enfadado—. Y todas las cartas que iba a entregar esta noche se quedarán en la oficina, porque también se ha dormido.

— ¡Oh no, las cartasss!

— ¡Qué terrible, esperaba una carta de mi hermana

desde hace tanto tiempo!

—No hay manera, no hay manera.

— ¿Entonces cómo sabré si el mago respondió a mi postal? —lloró Lily.

—Si no fuera por sus juegos con el mago —insistió el pingüino— el cartero estaría despierto. Es verdad que al menos no tenemos de qué escondernos pero... ¿Quién entregará las cartas?

— ¡Está bien! —dijo Alicia levantándose—. No entiendo de qué habláis, pero si decís que es culpa mía, yo lo arreglaré. Puedo repartir esas cartas.

—No es un trabajo sencillo. El correo lleva acumulándose desde la última Luna. Y el cartero de las muñecas y objetos perdidos es la única persona que puede localizar a los destinatarios.

—Claro, no es como si fuera tan fácil como ir a una dirección.

—Pero vosotros os conocéis entre todos ¿no? Si lo hacemos juntos, seguro que podemos encontrarlos a todos esta noche.

—Hay más —dijo el Bécquer—. No se trata sólo de repartir las cartas. El cartero también las leía. ¿O acaso crees que tu perro sabe leer?

—¿Entonces cómo escriben?

—Yo se escribir y leer por supuesto -dijo Spiri-.

Obviamente Lucas me hizo así. Pero no todos son capaces de hacerlo si no han sido creados sabiéndolo.

—Está bien —resopló la niña, recordando las lecturas en voz alta que hacían a diario en el colegio, no es que se le diera muy bien—. Leeré entonces también a quien lo necesite.

—Pensaba que buscabas aliados para enfrentarte al mago. Tardarás horas —dijo la muñeca africana—. Cuando salga el sol probablemente ya será tarde.

—Las prioridades de una en una, primero las cartas, luego averiguaremos como rescatar a Peter.

El pingüino le tendió la aleta, Alicia no podía verlo por la forma de su pico, pero quería pensar que el poeta le sonreía.

—Trato hecho. ¡Seguidme todos entonces! Yo os guiaré hasta la oficina del cartero, a partir de allí el trabajo es vuestro.

Formaron una fila y se dejaron guiar por el Bécquer y Alicia hacia la oficina de correos de la ciudad. La puerta estaba abierta, a pesar de estar en horario de cierre. En el cuarto de más atrás, donde se clasificaba el correo, el señor cartero dormía profundamente sobre el escritorio. Parecía haber estado escribiendo algo antes de dormirse, aunque el bolígrafo había resbalado de su mano. Su cartera estaba llena de sobres, pequeños y grandes, algunos



todavía estaban en el suelo o en una caja. Había muchísimo correo, pero primero tendría que identificar cuál pertenecía a los muñecos y cuál a las personas.

—¿Os dedicáis a escribir cartas mientras dormimos? —preguntó Alicia.

—Solo a veces —dijo Spiri—. Los que saben escribir al menos, o aquellos que tienen algo importante que contar. O a alguien que les lea. Quien sabe, si recuperamos a Peter quizás algún día le escriba alguna carta.

—No creo que Peter sepa leer.

—Porque tú no quieres que sepa. Bécquer no sabría clasificar cartas y escribir sonetos si el cartero no lo hubiera querido. Ni yo sería tan sumamente inteligente de no haber aprendido de Lucas.

—Más bien parece que Lucas te hizo muy gruñón.

— ¡Tonterías!

—Lo que intenta decirte es que si insistes en que Peter sea mediocre, lo será para siempre —dijo el gato azul, que les había seguido muy de cerca—. Su personalidad solo depende de ti.

— ¡Correo, qué de correo! —se escuchó decir a Lily en algún lugar, husmeando entre los sobres.

—El cartero también las escribe a veces por nosotros. En noches como esta trabaja mucho por nosotros.

—Espero que puedas compensarlo —dijo Bécquer.

Empezaron a clasificar las cartas, Alicia leía los destinatarios y las muñecas que sabían leer ayudaban a transportarlas. Aquellos que no podían, formaron fila en la oficina y esperaron a que Alicia las leyera por ellos. La niña nunca imaginó que los juguetes tuvieran tanto que contarse unos a otros. Se escribían aquellos que habían sido separados en las tiendas y aquellos que vivieron juntos en la misma casa hasta que fueron regalados. Algunos que se habían ido por su propio pie, viajando. Incluso había cartas escritas y dirigidas a niños, por y para sus juguetes y objetos perdidos. ¿Podría Alicia escribirle alguna carta a sus objetos perdidos algún día?

Mientras leía durante varias horas, Alicia sentía que

la amenaza del mago estaba cada vez más cerca conforme pasaban las horas. ¿Qué ocurriría si amanecía y todavía no había logrado encontrar ninguna pista ni recuperar a Peter? Solo se demostraría a sí misma que era mediocre incluso para la aventura.

Siempre había oído cuentos sobre juguetes que se despertaban cuando los niños dormían, pero ella nunca logró estar el suficiente tiempo despierta para averiguar si era cierto. No quería fracasar en la única hazaña enigmática.

—Parece que ya no queda ninguna —dijo Alicia finalmente, cuando ya no había nada en la cartera ni en la caja.

Las únicas cartas que quedaban por entregar eran las que tenían sellos y estampas, las que llevaban direcciones: las que eran para personas.

—En realidad queda una —dijo el Bécquer abriendo su carterita y sacando un trozo de papel doblado una infinidad de veces sobre sí mismo siendo de tamaño diminuto—. Esta es para ti.

— ¿Para mí?

—El cartero la estaba escribiendo antes de dormirse, tenía tu nombre.

Alicia desplegó la carta, que decía así:

Estimada Alicia, siento no poder entregarte esto en persona. Confío en que mi pequeño ayudante logrará hacerte llegar mi nota. Me ha dicho un pajarito que te has metido en un buen lío con un mago. Parece que no solo la maldición de tus bisabuelos viene de familia, si no las ganas de buscar problemas con la magia. En fin, Chester es un buen amigo mío y me ha dado un mensaje para tí. Espero que sepas resolverlo: cartas van, cartas vienen; pasan por el mar pero no se detienen.

—Ahora resulta que todo el mundo conoce a Chester —dijo Alicia.

La niña leyó la adivinanza en voz alta para sus compañeros de aventura.

—Cartas otra vez... —murmuraba más para sí misma que para los demás—. Pero las cartas ya las he entregado ¿cuál es la siguiente pista?

—Lo estás leyendo muy literalmente, es una adivinanza, piensa a lo grande —dijo Spiri.

—Si vienen del mar... El correo solo puede venir en barco o en tren y ya hemos estado en la estación. Quizás quiera que vaya al puerto... ¿Al embarcadero? Fue allí donde estaba la feria. Sí, seguro que me está esperando en

el mismo lugar donde lo encontré ayer.

Manchitas ladró y alegremente empezó a morder la bota de goma de Alicia.

—Error. ¡Sigues siendo muy literal! Piensa abstracto. ¿Qué más viene del mar?

—Pero si tú eres el listo ya lo sabes ¿por qué no me lo dices y ya está? —se quejó la niña.

—Porque no tendría mérito. ¿No llevas un libro de ciencia en esa mochila?

—¿Ciencia? —Alicia abrió su mochila, donde quedaban todavía algunas de las cosas que había llevado a clase, entre ellas su libro de naturales. Lo colocó en el suelo y empezó a pasar las páginas—. Pues a ver, en el mar está el agua, obviamente, pero siempre está ahí. No sé, aquí solo habla del ciclo de agua, de la atmósfera, la formación de las nubes...

— ¿Verdad que ha estado lloviendo mucho estos días, Alicia?

La niña levantó la mirada al cielo. Allí donde antes había aparecido el mago con su amenaza, arremolinándose entre las nubes.

—Pues claro, en las nubes. Ha estado allí desde el principio. ¿Pero cómo hago para llegar hasta a él?

—Habrás que encontrar el lugar más alto. ¿Has tocado alguna vez una nube? Dicen que saben a algodón de

azúcar, me gustaría probarlo —dijo Lily.

—Creo que solo estarán húmedas, están hechas de agua al fin y al cabo.

—Qué decepción.

—No subestimes la magia. Si solo fueran agua Chester no podría estar allí —dijo el gato.

El sitio más alto de la ciudad. Las casas desde luego no lo eran, incluso los bloques de apartamentos no tenían más de cinco o seis pisos. Pero tampoco había montañas alrededor, ni bosques con altos árboles. El sitio más alto en el que Alicia había estado alguna vez había sido la noria, esa misma tarde junto a su primo Lucas. Era tan alta que se sentía que podía alcanzar las nubes desde allí. Pero la feria se había ido de la ciudad esa misma noche, ya no tenía oportunidad de volver a montar en ella.

Pensó en qué era lo que había visto desde la parte más alta de la noria... ¿Los postes de luz? No. ¿La vela de un barco? Tampoco. Se trataba de...

—La torre de radio —concluyó—. Es altísima, tanto que a veces su luz desaparece entre las nubes.

No sería fácil. Porque conforme se acercaba el amanecer, el rocío mojaría las superficies, convirtiendo su ascenso en una peligrosa y resbaladiza hazaña. Al mismo tiempo, el amanecer significaba el final del tiempo que el mago le había otorgado. Las luces de las calles empezaban



a apagarse y el cielo a clarecer. La lucecita Roja y titilante de la torre de radio aparecía y desaparecía del cielo conforme las ráfagas de viento molestaban las nubes a su alrededor.

Alicia nunca le había tenido miedo a las alturas, pero el hecho de pensar que subiría tropecientos metros hacia arriba, seguro habría asustado a sus padres. Jamás se le habría ocurrido hacer una travesura de aquel tamaño, pero las circunstancias lo requerían. En aquel momento no podía pedir ayuda y mucho menos permiso. Y aunque la lógica le hacía tener un poco de respeto a la caída, confiaba en que hubiera acertado la solución al acertijo y más allá de las nubes encontraría el escondite del mago Chester.

Alicia podría ser una mediocre, pero nunca sería una cobarde ni una traidora. Había prometido que rescataría a Peter. Después de todo, sí que era único en su especie.

Se despidió de Bécquer, que le recitó un poema, olvidando su enfado inicial y prometiendo escribirle alguna carta la próxima Luna. La muñeca Lily insistió tanto en ver al mago, que Alicia no pudo negarse a dejar que les acompañaran, junto al terrier que parecía ser muy amigo de Manchitas, un pequeño búho y aquel gato azulado, que fingía estar caminando en la misma dirección que ellos.

Cuando llegaron a la torre, cruzando todas las calles de su pequeña ciudad y adentrándose en la periferia, donde solo había campos de cultivos y carreteras que llevaban al exterior, el sol empezaba a asomarse por el horizonte. Alicia agarró con fuerza una de las barras horizontales de la torre que alcanzaba con la mano, no debía ser tan difícil subir, al fin y al cabo la torre casi parecía una escalera.

— ¡Pero espera Alicia! ¿Cómo subimos nosotros?

—Si. Mis bracitos son demasiado cortos y no se volar.

— ¡Vamos cobardes! —les retaba Spiri que ya se encontraba balanceándose solo de una barra.

— ¡Y mis suaves manos resbalarían por las barras! —lloraba Lily.

El gato se limitó a emitir un maullido lastimero.

— ¿Pero de verdad queréis subir? Ya está amaneciendo. Si la magia termina mientras estáis conmigo quedaréis inanimados y no podréis regresar a vuestras casas.

—Yo quiero pedirle un deseo al mago si logro verlo. Me arriesgaré si encuentro la manera.

—Dicen que las muñecas de Chester viven como princesas. Quiero ir, claro que quiero ir.

Alicia soltó la barandilla y se arrodilló en el suelo mientras descolgaba la mochila de sus hombros y la abría.



—A dentro.

Además de Spiri, el gato fue de los primeros en lanzarse dentro de un salto y acomodarse como si aquello no fuera con él. Cuando todos estuvieron más o menos acomodados en su mochila, volvió a ponerse la espalda. Quedó medio abierta, era imposible cerrarla, algunos se asomaban desde la cremallera.

De nuevo, Alicia agarró con decisión las barras y empezó a subir hacia arriba sin pensárselo dos veces. Las sentía frías y húmedas, en algún momento sus dedos entumecidos resbalaron, el viento helado la obligó a pensar que, quizás, debió ponerse algo más que el pijama al salir de casa. El pelo se le alborotaba y se le metía en los ojos impidiéndole ver. Pero Alicia no miró abajo ni una sola vez. No al menos hasta que empezó a escuchar los persistentes e impresionados murmullos desde su mochila.

Se atrevió a girarse, agarrando fuertemente las barras y mirar detrás de ella. Su pequeña ciudad bañada por los primeros rayos del sol, el mar cubierto de bruma y los edificios sobresaliendo entre la niebla y las nubes. Solo podía asombrarse ante la vista.

Las gaviotas alzaron el vuelo y pudo escuchar desde esa inmensa altura las sirenas de los barcos del puerto. La ciudad empezaba a despertar y Alicia se preguntó si no

sería ya demasiado tarde para terminar la prueba. Pero cuando volvió a mirar hacia arriba, la torre que ya había escalado más de su altura total, se esta se estaba convirtiendo en una escalera de mano al tiempo que la ciudad bajo sus pies se desvanecía y atravesaba las luminosas y esponjosas nubes hacia el cielo.

La oscuridad que les había acompañado durante esa larga noche y fue transicionando hasta el amanecer se sustituyó por una pradera inmensa de nubes flotantes. La escalera terminó llegado un punto y aunque Alicia ya no era capaz de distinguir el cielo del suelo, se atrevió a poner sus pies sobre las nubes y empezó a caminar.

Nada de lo que sus ojos estaban viendo se asemejaba a lo que había estado imaginando. Si aquel realmente era el escondite del mago Chester, no era una fortaleza oscura y aterradora. No parecía haber trampas para los intrusos, ni muros altos, ni puentes, ni ríos de lava. Era muy pacífico. Algunos pájaros atravesaban sin querer la mágica barrera del cielo y sobrevolaban sobre ella hasta volver a hundirse en las nubes. El cielo sobre su cabeza todavía era oscuro y estrellado.

A su alrededor bailaban pequeños destellos de luz, que parecían estudiarla con curiosidad. ¿Serían luciérnagas? Hasta podía creer que encontraría hadas allí arri-

ba. Pero no tuvo tiempo de averiguarlo, la presencia de Chester, posando con su capa al viento a pocos pasos de ella reclamó su atención.

—Ya ha amanecido —dijo el mago.

—¡Peter! —Alicia se lanzó hacia él con intención de arrancárselo a la fuerza si fuera necesario.

Chester la esquivó ágilmente como si estuviese flotando. Peter se encontraba sentado sobre el hombro del mago, silencioso e inexpresivo, aunque tan vivo como el resto de los muñecos, ya que le veía girar la cabeza curiosamente mirando a su alrededor.

—Más despacio, niña. Disfruta de las vistas ya que has llegado a mi escondite. ¿Qué te parece? ¿Suficientemente mágico?

—Está bien, puede que me equivocara, no eres un fraude —reconoció Alicia.

Chester rio. A Alicia le pareció ver a Peter mover sus brazos hacia ella, aunque no daba muchos signos de entusiasmo por verla.

—Me alegra saberlo.

—Reconoce también que no dabas muy buena impresión en la feria —dijo ella.

—Uno se gana la vida como bien puede. Y ¿qué hay de ti? ¿Has aprendido algo?



Alicia sonrió, era exactamente lo mismo que su primo le había preguntado al presentarle a Peter. De hecho, Lucas era la única persona que parecía interesarse en si Alicia sacaba provecho a sus intentos.

—Podría decirse que sí. De hecho, te lo puedo enseñar.

La niña descolgó la mochila de sus hombros y la dejó en el suelo frente a ella. Al abrir del todo la cremallera, sus compañeros de viaje, que habían tenido la amabilidad de no interrumpir hasta ese momento, salieron disparados, asombrados por el lugar donde se encontraban y por la presencia del mago Chester.

—Vaya, vaya... sí que has conseguido bastantes aliados. No esperaba que tuvieras tantos de tu parte.

—¿No se nota el esfuerzo? Pase tres horas leyendo cartas para ganarlos. Pero al final todo estamos aquí por nuestros propios motivos, ellos tienen algo que pedirte.

— ¡Chester, Chester! ¿Recibiste mi carta?

— ¡Ah que emocionante, mis primeros clientes! Claro que la recibí, su majestad.

De no ser porque Lily era una muñeca, Alicia casi podría jurar que estaba a punto de desmayarse de felicidad al escuchar esas palabras.

—Si tú fortaleza mágica no fuera tan inaccesible quizás tendrías más -dijo el búho amenazando con su bra-

zo de peluche-. Al final ha sido una suerte que la niña pudiese traernos.

—La escalera está perfectamente colocada y accesible para quien quiera verme.

—Entonces... ¿Concedes deseos? —dijo el gato—. Quizás yo también tenga deseos.

—Lo hago. Pero todo tiene un precio.

—Pero antes viene el mío. Mi deseo —interrumpió Alicia—. Te voy a enseñar a tejer a tu propio Peter.

— ¿Disculpa?

Alicia tendió la mano al mago Chester para entregarle una madeja de lana que acababa de sacar de la mochila, además de una aguja de ganchillo. El mago la miró sorprendido, incluso Peter pareció asombrado, aunque no dijo nada.

—Escuché que Peter es famoso entre los demás muñecos de la ciudad. Tú también lo sabías ¿verdad? Que Peter es especial. Tienes cuatrocientos años, seguro cuando desapareció el último artesano te pusiste muy triste porque ya nadie podría fabricar juguetes con personalidad...

—Venga, a ver ¿quién de vosotros se lo ha contado? —dijo Chester dirigiéndose a los muñecos.

Los juguetes que la acompañaban se quedaron en silencio mirándose unos a otros. Chester disimuló una

sonrisa y tendió la mano para aceptar la madeja de lana.

—Me cuesta creerlo —dijo Chester examinando la lana—. ¿Tan preparada venías a esta aventura?

—En realidad fue una casualidad —reconoció Alicia—. Cuando llevé a Peter a clase, pensé que podría enseñarles a mis compañeros de clase como lo había hecho. Pero como la profe vio lo mal que estaba y todos se rieron de mi, no me dejó terminar

—Si merece la pena hacer algo también merece la pena hacerlo mal. Aunque a los demás no les haya gustado.

Alicia se encogió de hombros y sacó su libreta del colegio junto con un bolígrafo y empezó a apuntar.

—Por eso quiero que tú también aprendas a tejer. Porque Peter merece mucho la pena, aunque a ti con magia seguro te sale mejor. Acuérdate bien... Peter tiene 486 medios puntos en el cuerpo —dijo mientras dibujaba. Alicia terminó de garabatear el patrón y las instrucciones que recordaba de memoria y también se las dio al mago.

—¿Qué te parece?

—Muy caótico —dijo Chester leyendo las anotaciones que le había entregado—. Quizás los patrones no sean tampoco tu habilidad secreta. Así estarán mejor.

El mago chasqueó los dedos haciendo que las letras de la hoja de papel se movieran y reordenaran por sí mis-

mas.

—¿Me devolverás ahora a Peter?

—Depende... ¿Crees que él quiere volver contigo? ¿Después de que hablaras tan mal de él a la gente? ¿Y si le preguntas?

Chester giró la cabeza y observó al muñeco sobre su hombro, silencioso. Alicia tragó saliva, quizás debía primero disculparse con él, explicarle lo que de verdad sentía.

—Qué extraño ¿no? Parece que no habla —comentó Chester—. La verdad es que no ha dicho palabra desde que está aquí.

—¿La magia no... ?

—Ah, no. No tiene que ver con la magia. Debes haberte fijado ya pero... Marchitas tampoco habla.

—Ladra.

Manchitas lo interpretó como una orden y empezó a ladrar alegremente.

—Sin embargo ese gato de peluche que te ha acompañado sí que habla.

—Pero no maúlla —concluyó Alicia.

—Puedo maullar si me esfuerzo —añadió el gato, maullando lastimeramente de nuevo.

—Según las instrucciones que me has dado —continuó el mago leyendo el papel— a Peter le falta una sonrisa de hilo.

—No puede hablar porque yo no lo terminé —dijo Alicia al darse cuenta de su error—. ¡Pero si tú deshaces la maldición de mi familia entonces podré terminarlo! ¿no?

— ¿Sabes cuál es el problema de vuestra maldición, Alicia? —Intervino Spiri—. Que no es real. Solo fue una excusa de tu antepasado para el fracaso. Una excusa que tu familia, por alguna razón, decidió adoptar como lema inquebrantable para no esforzarse si las cosas no salían bien a la primera.

—Que listo es tu amiguito —confirmó el mago—. Puede que tenga razón ¿no te parece una excusa muy conveniente para justificar el desinterés? Después de todo, antes de la maldición, la tuya era una familia de artesanos.

— ¿Ah sí?

—Claro que esa historia nunca te la habrán contado porque ya no es relevante. Es más fácil creer en la maldición irrompible que reconocer el fracaso personal ¿no crees?

—Sea o no una maldición, mi apellido es Mediocre y por eso Peter lo es también.

—Parece que alguien no estudió la lección... —comentó Chester molesto.

—Te equivocas. Lo he comprendido. Sé que a Peter

es único en su especie y que eso lo hace especial, pero eso no quita que sea imperfecto y mejorable. Sé que el haberlo hecho yo misma es lo que lo hace especial, pero también lo que lo ha obligado a ser lo que es. Aunque digas que la maldición no es real, Peter es tan mediocre como yo al haberlo tejido y no tiene sentido ocultarlo.

— ¿Y de quién depende terminarlo entonces?

—De mí, por supuesto. Lo terminaré, aunque eso no asegura que sea mejor que ahora. Pero será el primero y habrá merecido la pena empezar por algún sitio.

Chester sonrió e hizo una exagerada reverencia para entregar el peluche a Alicia. Peter no pudo decir nada, ni parecía tener mucha energía; después de que Alicia lo abrazase aliviada por haberlo recuperado, lo colocó en su hombro igual que había hecho el mago y Peter se agarró a su abrigo para no caer.

—Ya amaneció,++ quizás es hora de que vuelvas a tu casa. Aunque no se si llegarás a tiempo para terminar a Peter y que te cuente su aventura.

Alicia se agachó para recoger a Manchitas y colocarlo dentro de su mochila, después de despedirse de su otro amigo canino.

—¿Y qué hay de ellos? —dijo Alicia refiriéndose a los demás muñecos.

—No te preocupes, aquí arriba la Luna llena es

eterna, tendremos tiempo para quejas y reclamaciones.

— ¡No creas que todo va a acabar tan fácilmente mago Chester! —intervino Spiri.

El muñeco dio un salto sobre la espalda del otro perro de peluche y se agarró a la manga de Alicia hasta subir al otro hombro y colocarse a una altura más cercana al mago.

—Hemos pasado por calamidades para llegar hasta aquí —dijo el muñeco exagerando— ¿y solo para que resuelvan esto con su palabrería? No me parece bien. ¿Prendes que volvamos por donde hemos venido? No va a ser así. No señor.

— ¿Qué sugieres?

—Un desafío de cartas. Si te gano me concederás un deseo y nos devolverás a donde estábamos ¿es un buen precio no?

—Me parece correcto. ¡De hecho me parece emocionante! Por fin tendré un público decente para un truco de magia. Ah... pero ¿alguno de mis espectadores podría ofrecer una moneda a este humilde mago ambulante?

Chester se quitó el sombrero e hizo otra reverencia, pasando la chistera por delante de todos. Por suerte Alicia logró encontrar una moneda en el bolsillo de su abrigo. Con un juego rápido, el mago se colocó el sombrero y terminó con la moneda dorada dando vueltas entre



sus dedos, contento.

—Muy bien. Comencemos. Y querida Alicia, espero que cuando regreses me escribas alguna carta, ya sabes cómo hacerlo. Veamos quien empieza primero Spiri ¿cara o cruz?

Lanzó la moneda al aire. Y antes de que llegará a volver a caer en su mano o de que Spiri contestase, tendió el abanico de cartas hacia ellos y las agitó provocando que el viento se levantase, moviendo las nubes bajo sus pies. Alicia ahogó un grito y cerró los ojos cuando todas se arremolinaron alrededor de ella y sintió que estaba desapareciendo. Quizás el mago había tenido planeado devolverla con magia desde el principio.

No le dio tiempo de despedirse de todos los demás. Mientras agarraba a Peter con fuerza entre sus brazos, se preguntaba si sería capaz de mantenerse despierta la próxima noche de Luna llena y quizás, con suerte, volver a verlos.

—Alicia. ¿Alicia?

La niña abrió los ojos, sintiendo de nuevo el suelo bajo sus pies. Peter estaba inmóvil en sus brazos, el primo a Lucas frente a ella, la miraba con extrañeza mientras le tendía una manzana de caramelo.

Estaban en la entrada de la feria, aunque se suponía

que la feria ya había terminado. Alicia observó el sol de la tarde que se colaba entre las espesas nubes, aproximándose al atardecer.

—Te dije que no te alejaras, menudo susto.

—Perdona —dijo Alicia confundida tomando la manzana que seguía ofreciéndole—. Estaba viendo un truco de magia.

— ¿Ah sí?

Lucas miró en la misma dirección que Alicia. Pero no había nada. Ni rastro del mago Chester.

—En fin. ¿Vamos a la noria? Deberías guardar ya tu muñeco si no quieres que se manche de caramelo. Volvió a mirar a Peter en sus brazos. Tenía la sensación de que nunca se habían separado.

—Claro.

Alicia abrió la mochila como pudo y le hizo un hueco entre los libros... La madeja de lana que había preparado para clase ya no estaba.

—¿Sabes qué Alicia? —dijo Lucas mientras caminaban—. Anoche tuve un sueño muy surrealista, no lo recuerdo muy bien pero había algo sobre un mago y tú te llevabas a mi amigo Spiri de aventura.

— ¿Spiri tu juguete?

—Ese mismo. El caso es que me dio una idea genial

para continuar con mi trabajo. ¡Qué inesperado! Quizás este año pueda terminarlo por fin.

Alicia no pudo evitar mirar hacia arriba. Detrás de todas las banderas y cables de colores de la feria, solapado por la noria que giraba lentamente, la torre de radio de la ciudad acariciaba las nubes en la lejanía. Unas nubes que estaban sonriendo a Alicia.

FIN.





En la familia de Alicia están condenados a la mediocridad, así que Peter, su último proyecto, también acaba siendo víctima de esta maldición. Pero las noches de luna llena siempre han sido especiales y un momento perfecto para que surja la magia, por lo que Alicia, tras conocer al misterioso mago Chester y la desaparición de su último y mediocre amigo, tendrá la oportunidad de adentrarse en una aventura en la que descubrirá el valor de su creatividad y la verdad sobre la aparente condena que pesa sobre su familia.